

ADAM TOOZE

EL DILUVIO

**LA GRAN
GUERRA Y LA
RECONSTRUCCIÓN
DEL ORDEN
MUNDIAL
(1916-1931)**



CRÍTICA

ADAM TOOZE

EL DILUVIO

La Gran Guerra
y la reconstrucción
del orden mundial
(1916-1931)

Traducción de Juan Rabasseda
y Teófilo de Lozoya

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2016

El diluvio

Adam Tooze

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The deluge*

© Adam Tooze, 2014

© de la traducción, Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-874-7
Depósito legal: B. 633 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España

Índice

<i>Lista de ilustraciones</i>	11
<i>Lista de mapas</i>	13
<i>Mapas</i>	14
<i>Lista de gráficos y tablas</i>	19
<i>Agradecimientos</i>	23

Introducción

El diluvio: la reconstrucción del orden mundial	29
---	----

PRIMERA PARTE La crisis euroasiática

1. La guerra en su balance.	67
2. Una paz sin victoria	89
3. El cementerio de guerra de la democracia rusa.	111
4. China se une a un mundo en guerra	137
5. Brest-Litovsk.	163
6. La firma de una paz brutal	183
7. El mundo se desmorona	205
8. La intervención.	225

SEGUNDA PARTE

Obtención de una victoria democrática

9. Revitalización de la Entente	247
10. Los arsenales de la democracia	281
11. El armisticio: escenario del guion wilsoniano	307
12. La democracia bajo presión	325

TERCERA PARTE

La paz inacabada

13. Un orden mundial a base de remiendos	353
14. «La verdad sobre el tratado»	373
15. Las reparaciones de guerra	395
16. Conformidad de Europa	417
17. Conformidad de Asia	439
18. El fiasco del wilsonianismo.	455

CUARTA PARTE

La búsqueda de un nuevo orden

19. La gran deflación.	479
20. Crisis de un imperio	507
21. Conferencia en Washington	533
22. Reinención del comunismo	551
23. Génova: el fracaso de la hegemonía británica	571
24. Europa al borde del precipicio	593
25. La nueva política de guerra y paz.	621
26. La Gran Depresión.	651

Conclusión

Suben las apuestas	679
------------------------------	-----

<i>Notas</i>	689
<i>Índice analítico.</i>	765

La guerra en su balance

Vista desde la línea de trincheras del Frente Occidental, la Gran Guerra podría parecer una lucha estática, librada a lo largo de unos cuantos kilómetros con un coste de cientos de miles de vidas. Pero semejante perspectiva es engañosa.¹ En el Frente Oriental y en la guerra contra el imperio otomano las líneas de batalla fueron fluidas. En el oeste, en cambio, aunque la línea del frente casi no se movió, ese estancamiento fue el resultado de unas fuerzas enormes encerradas en un equilibrio precario. Según iban pasando los meses, la iniciativa pasaba de un lado a otro. Cuando comenzó 1916, la Entente planeaba aplastar a las Potencias Centrales con una serie concéntrica de ataques lanzados sucesivamente por los ejércitos franceses, británicos, italianos y rusos. Anticipándose a esta acometida, los alemanes tomaron la iniciativa el 21 de febrero descargando su ofensiva contra Verdún. Atacando un punto clave de la cadena de fortalezas francesas pensaban desangrar a la Entente y acabar con ella. El resultado fue una lucha a vida o muerte que a comienzos del verano se había tragado a más del 70% del ejército francés y amenazaba con convertir la estrategia concéntrica de la Entente en poco más que una serie de operaciones de socorro *ad hoc*. Fue con objeto de volver a tomar la iniciativa por lo que a finales de mayo de 1916 los ingleses accedieron a llevar a cabo su primera gran ofensiva por tierra de la guerra, la del Somme.

Mientras entre los combatientes la tensión se llevaba al límite, los diplomáticos trabajaban con apremio para arrastrar a más países a la

vorágine. En 1914 Austria y Alemania habían conseguido atraer a su bando a Bulgaria y al imperio otomano. En 1915 Italia ingresó en el bando de la Entente. Japón se había unido a la causa en 1914 apoderándose a precio de ganga de las concesiones chinas de Alemania en Shandong. A finales de 1916 Gran Bretaña y Francia intentaron seducir a la marina japonesa para que abandonara el Pacífico y llevara a cabo labores de escolta contra los submarinos austríacos y alemanes en el Mediterráneo oriental. Se emplearon inmensas cantidades de dinero en metálico y presiones diplomáticas de todo tipo imaginable para influir en el último país neutral de la Europa central que quedaba, Rumanía. Si se conseguía atraerla al bando de la Entente, se convertiría en una amenaza mortal para la parte más débil de la monarquía austrohúngara. Pero en 1916 había solo una potencia capaz de transformar de verdad el equilibrio de la guerra, Estados Unidos. Tanto en el terreno económico, como en el militar o el político, su postura resultaba decisiva. Hasta 1893 Gran Bretaña no había considerado oportuno elevar el rango de su legación en la capital norteamericana al de embajada de pleno derecho. Ahora, menos de una generación después, la historia de Europa parecía depender de la actitud respecto a la guerra que adoptara Washington.

I

El éxito de la estrategia de la Entente dependía de lograr combinar una devastadora serie de ofensivas militares concéntricas con el paulatino estrangulamiento económico de las Potencias Centrales. Antes de la guerra, el Almirantazgo británico había elaborado planes no solo para imponer un bloqueo naval, sino también para llevar a cabo un boicot financiero aniquilador de todo el comercio de la Europa central. Pero en agosto de 1914, ante las feroces protestas de Estados Unidos, los ingleses no se atrevieron a ordenar la ejecución rigurosa de estos planes.² El resultado fue una situación muy incómoda de punto muerto. Gran Bretaña y Francia vieron en peligro la eficacia del arma marítima definitiva que habían decidido emplear. Pero incluso en una forma parcial y restringida, el bloqueo se hizo enorme-

mente impopular en Estados Unidos. La marina norteamericana consideraba el bloqueo británico una medida completamente «insostenible según cualquier ley o usanza de la guerra marítima conocida hasta la fecha...».³ Pero la carga política de la reacción alemana fue todavía mayor. En su esfuerzo por dar la vuelta a la tortilla en perjuicio de la Entente, en febrero de 1915 la Kriegsmarine desplegó sus submarinos en el primer gran ataque contra la navegación transatlántica. Los U-Boote lograron hundir casi dos barcos diarios y una media de cien mil toneladas al mes. Pero los recursos navieros de Inglaterra eran enormes y, si continuaba demasiado tiempo, esa ofensiva estaba condenada a obligar a los norteamericanos a entrar en la guerra. El hundimiento del *Lusitania* en mayo de 1915 y el del *Arabic* en agosto de ese mismo año fueron solo los casos más conocidos. Ansioso por evitar una escalada mayor de sus acciones, a finales de agosto el gobierno civil del káiser dio marcha atrás. Con el respaldo del Partido del Centro, de inspiración católica, del Partido Popular Progresista, de corte liberal, y de los socialdemócratas, el canciller Bethmann-Hollweg ordenó limitar la campaña de los U-Boote. Del mismo modo que la Entente no consiguió imponer el bloqueo por temor a enfrentarse a Estados Unidos, el contraataque alemán fracasó por razones semejantes. Por el contrario, en la primavera de 1916, la marina alemana intentó romper el punto muerto naval al que se había llegado atrayendo a la Gran Flota británica a una trampa en el mar del Norte. En la batalla de Jutlandia 33 grandes buques ingleses y 27 alemanes combatieron el 31 de mayo de 1916 en el enfrentamiento naval más importante de la contienda. El resultado fue incierto. Una y otra flota logró regresar a sus respectivas bases, para desde ellas ejercer en adelante su influencia entre bastidores como grandes reservas silenciosas de poderío naval.

En el verano de 1916, mientras la Entente se esforzaba por recuperar la iniciativa en el Frente Occidental, la política del bloqueo atlántico seguía sin resolver. Cuando franceses e ingleses intentaron estrechar el cerco elaborando listas negras de empresas norteamericanas acusadas de «comerciar con el enemigo», el presidente Wilson apenas pudo contener su cólera.⁴ Aquello era «el colmo», aseguró Wilson a su consejero más íntimo, el refinado político texano Edward

M. House, apodado «Colonel» House: «Estoy al borde de mi paciencia con Gran Bretaña y sus aliados, lo reconozco». ⁵ Y Wilson no se contentaría con una mera protesta. El ejército norteamericano quizá fuera pequeño, pero incluso en 1914 la marina estadounidense era una fuerza con la que había que contar. Era la cuarta más grande del mundo y, a diferencia de la japonesa o la alemana, de hecho recordaba orgullosamente haber aplastado a la Marina Real inglesa en 1812. Para los seguidores del almirante Mahan, el gran teórico norteamericano del poderío naval de la edad de oro, la guerra proporcionaba una ocasión valiosísima de pasar por encima a los europeos y de establecer un control indiscutible de las rutas transoceánicas. En febrero de 1916, el presidente Wilson accedió a sus demandas y lanzó una campaña para obtener la aprobación del Congreso para la construcción de la que se jactaba sería la «marina incomparablemente más grande del mundo». ⁶ Seis meses después, el 29 de agosto de 1916, Wilson estampó su firma en la ley que preveía el plan de expansión naval más espectacular de la historia de Estados Unidos, destinando casi quinientos millones de dólares en tres años a la construcción de 157 nuevos navíos, incluidos 16 buques de primera clase. Menos espectacular, pero no menos trascendental a largo plazo, fue el establecimiento en junio de 1916 de la Emergency Fleet Corporation, encargada de supervisar la construcción de una flota de buques mercantes llamada a rivalizar con la británica. ⁷

Cuando en septiembre de 1916 «Colonel» House y Wilson estudiaron el eventual impacto de la expansión naval estadounidense sobre las relaciones angloamericanas, la posición del presidente fue tajante: «Construyamos una flota más grande que la suya y hagamos lo que nos dé la gana». ⁸ El motivo de que la amenaza fuera tan grave para Gran Bretaña era que, una vez que se despertara, Estados Unidos, a diferencia de la Alemania imperial o Japón, disponía a todas luces de los medios necesarios para hacer buen uso de ella. En el plazo de cinco años Estados Unidos sería considerado en todo el mundo igual en términos navales a Gran Bretaña. Desde el punto de vista británico, la guerra adquirió en 1916 un aspecto totalmente nuevo. Al comenzar el siglo xx, contener a Japón, Rusia y Alemania había sido la principal prioridad de la estrategia imperial. Desde

agosto de 1914 lo único que contaba era derrotar a la Alemania imperial y sus aliados. En 1916, el evidente deseo de Wilson de construir una fuerza naval norteamericana igual a la de los ingleses planteaba una perspectiva alarmantemente nueva. Incluso en los mejores tiempos, el reto de Estados Unidos habría resultado temeroso. Teniendo en cuenta las exigencias de la Gran Guerra, semejante perspectiva era de auténtica pesadilla. Además, las ambiciones navales de los estadounidenses tampoco eran el único reto fundamental al que habían de enfrentarse los europeos en 1916.⁹ El poder económico en ascenso de los norteamericanos venía siendo evidente desde la década de 1890, pero fue la lucha de la Entente contra las Potencias Centrales la que cambió bruscamente el centro del liderazgo financiero mundial al otro lado del Atlántico.¹⁰ Con ello, se redefinió no solo el emplazamiento del liderazgo financiero, sino lo que significaba realmente ese liderazgo.

Todos los grandes participantes europeos en la guerra empezaron la contienda con lo que, según los patrones modernos, eran unos balances financieros notablemente fuertes, unas finanzas públicas sólidas y grandes carteras de inversiones extranjeras. En 1914 todo un tercio de la riqueza de Gran Bretaña estaba en inversiones privadas en ultramar. Cuando empezó la guerra, la movilización de esos recursos nacionales e imperiales se vio agravada por una inmensa operación de financiación transatlántica. Afectó a todos los gobiernos de Europa, pero sobre todo al británico en una nueva forma de acción internacional. Antes de 1914, en la época de las altas finanzas eduardianas, el papel hegemónico de Londres era reconocido por todos. Pero las finanzas internacionales eran un asunto privado. El director de orquesta del patrón oro, el Banco de Inglaterra, no era una agencia estatal, sino una corporación privada. Aunque el estado Británico estaba presente en las finanzas internacionales, su influencia era sutil e indirecta. El Tesoro del Reino Unido permanecía en segundo plano. Bajo las extraordinarias presiones impuestas por la guerra, esas redes invisibles e informales de dinero e influencia se solidificaron bruscamente en unas pretensiones de hegemonía de un tipo mucho más concreto y explícitamente político. A partir de octubre de 1914 los gobiernos británico y francés pusieron el peso de cientos de millones

de libras en préstamos estatales detrás de la «apisonadora rusa» encargada de aplastar a las Potencias Centrales en el este.¹¹ Tras los acuerdos de Boulogne de agosto de 1915, las reservas de oro de las tres grandes potencias de la Entente fueron puestas en común y utilizadas para suscribir el valor de la libra esterlina y el franco en Nueva York.¹² Gran Bretaña y Francia, a su vez, asumieron la responsabilidad de negociar préstamos en nombre de toda la Entente. En agosto de 1916, tras los terribles costes que supuso la batalla de Verdún, el crédito de Francia se hundió hasta tal punto que tocó a Londres suscribir toda la operación en Nueva York.¹³ Se había creado una nueva red de crédito político en Europa con Londres en el centro. Pero esa era solo una parte de la operación.

En términos contables la financiación del esfuerzo de guerra de la Entente supuso una remodelación enorme de los activos y los pasivos nacionales.¹⁴ Con el fin de suministrar garantías subsidiarias, el Tesoro del Reino Unido organizó un programa de compras forzosas de valores estadounidenses y latinoamericanos de primera clase destinados a empresas privadas, que eran cambiados por bonos del estado británico. Una vez en manos del Tesoro del Reino Unido, esos activos extranjeros, por valor de miles de millones de dólares, eran utilizados como garantía de los préstamos contraídos por la Entente en Wall Street. El pasivo en el que incurría en Norteamérica el Tesoro del Reino Unido era compensado en el balance general del estado británico como deudas de los gobiernos de Rusia y Francia. Pero imaginar esta gigantesca movilización como un desvío sin ningún esfuerzo de las redes ya existentes supone minimizar el significado histórico de semejante desplazamiento y la extrema precariedad de la arquitectura financiera que surgió de dicho cambio. A partir de 1915, los préstamos de guerra de la Entente supusieron un vuelco total de la geometría política de las finanzas eduardianas.

Antes de la guerra, prestamistas privados de Londres y París, el núcleo rico de la Europa imperial, habían anticipado miles de millones a prestatarios públicos y privados de los países periféricos.¹⁵ En 1915, no era solo que la fuente de los préstamos se hubiera trasladado a Wall Street, y que fueran los ferrocarriles rusos o los buscadores de diamantes en Sudáfrica los condenados a hacer cola en busca de

crédito. Ahora eran los estados más poderosos de Europa los que tomaban dinero prestado de ciudadanos particulares de Estados Unidos y de cualquiera que pudiera suministrarles crédito. Los préstamos de este tipo, es decir, de inversores privados de un país rico a los gobiernos de otros países ricos y desarrollados, en una divisa no controlada ya por el gobierno deudor, eran algo totalmente distinto a lo que se hubiera podido ver en los buenos tiempos de la globalización de finales de la época victoriana. Como se encargarían de demostrar las hiperinflaciones al término de la primera guerra mundial, un gobierno que había contraído deudas en su propia moneda podía librarse de ellas simplemente emitiendo más moneda. Un aluvión de nuevos billetes de banco se encargaría de borrar el verdadero valor de los pagarés de guerra. Pero no sucedía lo mismo si Gran Bretaña o Francia tomaba dinero prestado en dólares en Wall Street. Los estados más poderosos de Europa pasaron a depender de acreedores extranjeros. Y esos acreedores a su vez extendieron su confianza a toda la Entente. A finales de 1916, los inversores norteamericanos habían apostado dos mil millones de dólares a una victoria de la Entente. El vehículo de esa operación transatlántica, una vez que Londres la hizo efectiva en 1915, fue un solo banco privado, la empresa de J. P. Morgan, que dominaba Wall Street, con profundas raíces históricas en la City londinense.¹⁶ Indudablemente fue una operación mercantil. Pero también es indudable que, por parte de Morgan, fue unida a una postura descaradamente antialemana y pro Entente, y de apoyo dentro de Estados Unidos a los críticos más estridentes del presidente Wilson y a las fuerzas más favorables a la intervención existentes dentro del Partido Republicano. Resultado de todo ello fue una combinación internacional, prácticamente desconocida hasta entonces, de poder público y privado. En el curso de la gigantesca ofensiva del Somme durante el verano de 1916, J. P. Morgan gastó en Norteamérica más de mil millones de dólares en ayuda al gobierno británico, ni más ni menos que el 45 % de los gastos de guerra de Gran Bretaña durante aquellos meses cruciales.¹⁷ En 1916 el departamento de compras del banco era responsable de los contratos de aprovisionamiento de la Entente, valorados en más de la totalidad del comercio de exportación de Estados Unidos du-

rante los años previos al estallido de la guerra. A través de los contactos empresariales privados de J. P. Morgan, con el apoyo de la élite empresarial y política del noreste de Estados Unidos, la Entente llevó a cabo una movilización de una gran parte de la economía norteamericana, totalmente sin la autorización de la administración Wilson. Potencialmente, la dependencia de los préstamos estadounidenses que tenía la Entente otorgaba al presidente norteamericano una influencia enorme sobre su esfuerzo de guerra. Pero ¿sería capaz Wilson de ejercer realmente ese poder? ¿Era Wall Street demasiado independiente? ¿Tenía el gobierno federal los medios para controlar las actividades de J. P. Morgan?

En 1916, la cuestión de las finanzas de la guerra y las relaciones de Estados Unidos con la Entente se mezcló con el debate que llevaba desarrollándose desde hacía más de una generación en torno a la gobernanza del capitalismo norteamericano. En 1912, cuarenta años después de volverse a acomodar al patrón oro al término de la guerra civil, Estados Unidos seguía sin tener un equivalente al Banco de Inglaterra, el Banco de Francia o el Reichsbank.¹⁸ Wall Street llevaba presionando mucho tiempo en favor del establecimiento de un banco central que actuara como prestamista de último recurso. Pero los intereses bancarios no se dieron ni mucho menos por satisfechos cuando en 1913 Wilson firmó la ley por la que se creaba la Junta de la Reserva Federal (la Fed). Para los gustos y los intereses de Wall Street, y en particular de J. P. Morgan, la Fed de Wilson estaba demasiado politizada.¹⁹ No era una institución verdaderamente «independiente», según el modelo del Banco de Inglaterra, de propiedad privada. En 1914, cuando estalló la guerra en Europa, el nuevo sistema había sobrevivido a su primera prueba. La Fed y el Tesoro intervinieron para evitar que el cierre de los mercados financieros europeos causara el hundimiento de Wall Street.²⁰ Entre 1915 y 1916 la economía norteamericana creció enormemente como consecuencia de un *boom* de la industria encabezado por las exportaciones. Para satisfacer las necesidades de la guerra europea, las ciudades industriales del noreste y de la región de los Grandes Lagos absorbieron grandes cantidades de mano de obra y de capital llegadas en tropel de todo Estados Unidos. Pero eso no hizo más que aumentar la presión sobre Wilson.

Si se permitía que el *boom* continuara sin control, las inversiones norteamericanas en el esfuerzo de guerra de la Entente no tardarían en ser demasiado grandes como para permitir que fracasara. Y el gobierno estadounidense perdería de hecho la libertad de maniobra que prometía darle esa capacidad en 1916.

TABLA 1. Lo que compraron los dólares: el porcentaje de materiales de guerra vitales adquiridos por el Reino Unido en el extranjero, 1914-1918

	<i>Municiones</i>	<i>Motores de avión</i>	<i>Grano</i>	<i>Petróleo</i>
1914	0	28	65	91
1915	49	42	67	92
1916	55	26	67	94
1917	33	29	62	95
1918	22	30	45	97

Y en cuanto a la Entente, ¿no le habría convenido más apoyarse un poco menos en los recursos de Estados Unidos? Al fin y al cabo Alemania estaba haciendo la guerra sin contar con tanta generosidad.²¹ Pero esa comparación demuestra precisamente la importancia que tuvieron realmente las importaciones norteamericanas (Tabla 1). Tras las agotadoras batallas de Verdún y del Somme del verano de 1916, Alemania permanecería a la defensiva en el Frente Occidental durante casi dos años. Las Potencias Centrales se limitaron a llevar a cabo operaciones menos costosas en el Frente Oriental y en el Frente de Italia. Mientras tanto, el bloqueo suponía una carga pesadísima para la población civil. Desde el invierno de 1916-1917, los habitantes de las ciudades de Alemania y Austria empezaron a morir lentamente de hambre. Garantizar el suministro de alimentos y de carbón para el frente interno no constituyó una consideración ni mucho menos secundaria durante la primera guerra mundial; antes bien, supuso un factor esencial a la hora de decidir su resultado final.²² La presión económica tardó en imponerse, pero al final su influencia

sería decisiva. Cuando los alemanes lanzaron su última gran ofensiva en la primavera de 1918, una gran parte del ejército del káiser estaba demasiado hambrienta como para poder aguantar el embate durante mucho tiempo. En cambio, la despiadada energía atacante de la Entente en 1917 —la ofensiva francesa en la Champaña en el mes de abril, la ofensiva de Kérenski en el este en el mes de julio, y la acometida británica en Flandes también en julio— y la ofensiva final del verano y el otoño de 1918, habrían sido imposibles en términos militares y políticos sin el respaldo norteamericano. En Londres, al menos hasta finales de 1916, se oyeron voces exigiendo que Gran Bretaña se liberara de la dependencia de los préstamos norteamericanos. Pero al mismo tiempo reclamaban una paz negociada. Tales voces fueron acalladas por la llegada al poder del gobierno de coalición de Lloyd George en diciembre de 1916, decidido a propinar al enemigo un «golpe aplastante». Lo que nadie contemplaba seriamente era la posibilidad de continuar la guerra a todo gas sin depender del crédito y de los suministros de Estados Unidos. A partir de 1916, una vez que los Aliados se embolsaron sus primeros mil millones de dólares en préstamos para su primer gran intento de acabar con las Potencias Centrales por medio de ataques concéntricos, esa tendencia iría *in crescendo*. La idea que se ocultaba detrás de todos los planes de ofensiva posteriores era que serían realizados fundamentalmente gracias al aprovisionamiento llegado del otro lado del Atlántico. Y eso no haría más que reforzar la dependencia. A medida que iban acumulándose miles y miles de millones en préstamo, seguir cumpliendo con el pago de las deudas pendientes y evitar la humillación de impago se convirtieron en preocupaciones primordiales durante toda la guerra y más aún al término del conflicto.

II

En cualquier caso, la lucha al otro lado del Atlántico por el curso que pudiera seguir la guerra en el futuro no fue nunca meramente económica o militar. Fue siempre eminentemente política. Era de la política de lo que dependía la voluntad de continuar con la guerra y eso era

también una cuestión transatlántica. Pero aquí los contornos de la discusión fueron mucho menos claros de lo que lo fueron respecto al poderío económico y naval. La imagen que tenemos de la relación entre la política norteamericana y la europea a comienzos del siglo xx se encuentra profundamente marcada por la experiencia posterior de la segunda guerra mundial. En 1945 los soldados norteamericanos bien alimentados y seguros de sí mismos aparecieron en Europa en medio de las ruinas de la guerra y de la dictadura como heraldos de la prosperidad y de la democracia. Pero deberíamos tener mucho cuidado antes de proyectar a las primeras décadas del siglo xx esta identificación de Estados Unidos con una seductora síntesis de prosperidad capitalista y democracia. La rapidez con la que Estados Unidos reclamó la hegemonía política fue tan repentina como la aparición de su poderío naval y financiero. Fue producto de la propia Gran Guerra.

No es de extrañar que, con el trasfondo de su terrible guerra civil, el experimento democrático norteamericano provocara análisis heterogéneos en los cincuenta años que mediaron entre 1865 y el estallido de la guerra en 1914.²³ Países recientemente unificados como Italia o Alemania no recurrieron a Norteamérica en busca de inspiración constitucional. Los dos tenían una tradición constitucional propia desarrollada en su territorio. Los liberales italianos tomaron como modelo a los de Gran Bretaña. En la década de 1880 la Constitución de Japón se modeló a partir de una mezcla de influencias europeas.²⁴ Durante los buenos tiempos de Gladstone y Disraeli, incluso en Estados Unidos la primera generación de expertos en ciencias políticas, entre ellos el joven Woodrow Wilson, buscaron sus modelos al otro lado del Atlántico, en Westminster.²⁵ Naturalmente, el bando partidario de la Unión disponía de su propio relato heroico, cuyo gran tribuno era Abraham Lincoln. Pero hasta que no se calmó la conmoción de la guerra civil, no surgió una nueva generación de intelectuales norteamericanos capaces de imponer un nuevo relato nacional reconciliado. Cuando se cerró la frontera del oeste, el continente quedó unificado. La guerra hispano-estadounidense de 1898 (la que en España se llama guerra de Cuba) y la conquista de Filipinas por los norteamericanos en 1902 no hicieron más que traer nueva savia y un

nuevo brío. El dinamismo industrial de Estados Unidos era algo sin precedentes. Sus exportaciones agrícolas trajeron la abundancia al mundo. Pero entre los reformadores progresistas de la época dorada, la imagen de sí mismos que tenían los norteamericanos era ambigua. Norteamérica era un sinónimo de corrupción urbana, mala gestión y política alimentada por la codicia, pero también de desarrollo, producción y beneficios. En su búsqueda de modelos de gobierno moderno, fue a las ciudades de la Alemania imperial a las que peregrinaron los expertos norteamericanos, y no al revés.²⁶ Echando la vista atrás en 1901, el propio Woodrow Wilson comentaba que aunque «el siglo XIX» había sido «por encima de todos los demás un siglo de democracia...» el mundo ...«al final no está más convencido de los beneficios de la democracia como forma de gobierno de lo que lo estaba en sus comienzos...». La estabilidad de las repúblicas democráticas seguía estando en cuestión. Aunque las entidades políticas «surgidas de Inglaterra» eran las que presentaban el mejor historial, el propio Wilson reconocía que «la historia de Estados Unidos ... no ha sido considerada digna de establecer su tendencia a crear un gobierno justo, liberal y puro».²⁷ Los norteamericanos tenían buenos motivos para confiar en su sistema pero, por lo que se refería al mundo en general, todavía tenían mucho que demostrar.

Tampoco deberíamos dar por supuesto que con el estallido de la guerra se cambiaron de inmediato las tornas. Hasta que el coste en vidas humanas se hizo insoportable, los combatientes europeos vieron la gran movilización de agosto de 1914 como una reivindicación milagrosa de sus esfuerzos en pro de la construcción de una nación.²⁸ Los países combatientes no eran en ningún caso democracias plenas en el sentido que tiene el término a finales del siglo XX, pero tampoco eran monarquías al estilo del Antiguo Régimen ni dictaduras totalitarias. La guerra fue apoyada si no con un éxtasis patriótico, sí al menos con un consenso notablemente amplio. Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón, Alemania y Bulgaria intervinieron en la guerra con sus Parlamentos funcionando. El Parlamento austríaco volvió a abrir sus puertas en Viena en 1917. Incluso en Rusia el entusiasmo patriótico inicial de 1914 trajo consigo un resurgimiento de la Duma. En ambos lados del frente, los soldados estaban motivados ante todo para

defender los sistemas de derechos, de propiedad y de identidad nacional en los que tenían la sensación de participar de un modo muy profundo. Los franceses combatían para defender la República frente a un enemigo hereditario. Los británicos se presentaban voluntarios para aportar su granito de arena en defensa de la civilización internacional y para acabar con la amenaza alemana. Los alemanes y los austríacos luchaban para defenderse del resentimiento de los franceses, de la traición de los italianos, de las intolerables exigencias del imperialismo británico y de lo que era la peor amenaza de todas, de la Rusia zarista. Aunque los llamamientos descarados a la insurrección fueran sofocados y aunque los huelguistas se vieran encarcelados o arrastrados a los sectores más peligrosos del frente, la paz negociada como tema de conversación abierta se convirtió en un tópico de un modo que habría resultado impensable en cualquiera de los dos bandos durante las últimas fases de la segunda guerra mundial.

Cuando el gobierno británico fue reconstruido en diciembre de 1916 con Lloyd George como primer ministro, lo fue con el fin de reafirmar el objetivo último de asestar un «golpe aplastante» a Alemania, frente a los llamamientos cada vez más sonoros en pro de una paz por compromiso. La mayoría de las carteras importantes del gabinete fueron reclamadas por los *tories*, pero el primer ministro era un liberal radical con un claro instinto de lo que era el sentir popular. Ya en mayo de 1915, su antecesor, Asquith, había introducido a los sindicalistas en el gobierno británico. A comienzos del siglo xx, la política europea era más inclusiva de lo que suele creerse. En Francia, los socialistas fueron un elemento esencial de la Union Sacrée, la alianza de distintos partidos que conoció la República durante los dos primeros años de la guerra. Incluso en Alemania, aunque el gobierno siguió en manos de los políticos designados por el káiser, los socialdemócratas eran el partido más numeroso del Reichstag. El canciller Bethmann-Hollweg consultaría con ellos de forma rutinaria a partir de agosto de 1914. Cuando en otoño de 1916 los generales Hindenburg y Ludendorff pusieron en marcha la economía de guerra, contaron con el apoyo explícito de los sindicatos.

La reacción de norteamericanos del estilo de Teddy Roosevelt a este espectáculo de movilización europea no fue de superioridad,

sino de respetuosa admiración.²⁹ Como decía Roosevelt en enero de 1915, la guerra quizá fuera «terrible y mala, pero también es grande y noble». Los norteamericanos no debían «asumir» ninguna «actitud de virtud superior». Ni tampoco debían esperar que los europeos «consideraran» que «habían puesto un ejemplo espiritual ... permaneciendo ociosos, expresando banalidades vulgares, y recogiendo beneficios, mientras que ellos habían vertido su sangre como si fuera agua en apoyo de unos ideales en los que creían con todo su corazón y toda su alma».³⁰ Para Roosevelt, si Norteamérica quería reivindicar su ascensión como gran potencia legítima, debía demostrarlo en esa misma lucha, prestando todo su apoyo a la Entente. Pero para mayor frustración de Roosevelt, las fuerzas partidarias de la guerra eran una minoría en Estados Unidos, incluso tras el hundimiento del *Lusitania* en mayo de 1915. Millones de germanoamericanos preferían la neutralidad, lo mismo que muchos norteamericanos irlandeses. Los norteamericanos judíos tuvieron que reprimirse para no celebrar los avances del ejército del imperio alemán en 1915 por la Polonia rusa, donde su auxilio frente al antisemitismo zarista fue muy bien acogido. Ni el movimiento laborista norteamericano ni lo que quedaba del movimiento populista agrario, que se habían unido en torno a la candidatura de Wilson a la presidencia en 1912, eran partidarios de la guerra. El primer secretario de Estado de Wilson fue ni más ni menos que William Jennings Bryan, fundamentalista evangélico, pacifista y declarado opositor al patrón oro durante la década de 1890. Recelaba enormemente de Wall Street y de sus relaciones con el imperialismo europeo. Cuando llegó la hora de la crisis de julio de 1914, Bryan realizó una gira por Europa firmando una serie de tratados de mediación que impedirían la posibilidad de una participación norteamericana en la guerra. Cuando estalló el conflicto, defendió un boicót verdaderamente total de los préstamos privados a cualquiera de los contendientes. Wilson hizo caso omiso de semejante propuesta y en junio de 1915, después del hundimiento del *Lusitania*, Bryan presentó su dimisión cuando Wilson amenazó a Alemania con iniciar las hostilidades si no cesaban los ataques de los submarinos. Pero Wilson no era ni mucho menos un intervencionista.

Antes de ser aclamado como un internacionalista liberal de fama mundial, Woodrow Wilson destacó como uno de los grandes ensalzadores de la historia nacional de Estados Unidos.³¹ Como profesor de la Universidad de Princeton y autor de libros de historia que enseguida se convirtieron en superventas, había contribuido a elaborar para un país que aún no se había recuperado de la guerra civil una visión conciliatoria de su violento pasado. Uno de los primeros recuerdos de Wilson siendo todavía un niño en Virginia era haber oído la noticia de la elección de Lincoln y los rumores de que se avecinaba una guerra civil. Durante la década de 1860 se crio en Augusta, Georgia —que en 1919 describiría a Lloyd George en Versalles como «un país conquistado y arrasado»—, de modo que experimentó desde el bando de los vencidos las amargas consecuencias de una guerra justa, en la que se luchó hasta su conclusión definitiva.³² Aquella experiencia dejó en él un profundo recelo frente a cualquier retórica de cruzada. Pero no fue solo la guerra civil lo que marcó a Wilson. La paz que vino después resultó, si acaso, todavía más traumática. Durante toda su vida denunciaría el subsiguiente período de reconstrucción, el esfuerzo del Norte por imponer un nuevo orden en el Sur que trajera la emancipación de la población negra liberada.³³ En opinión de Wilson, Estados Unidos había tardado más de una generación en recuperarse. Solo en la década de 1890 se consiguió alcanzar una especie de reconciliación.

Para Wilson, igual que para Roosevelt, la guerra había supuesto una prueba de la nueva confianza en sí misma y de la fuerza de Norteamérica. Pero mientras que Roosevelt quería demostrar la mayoría de edad de Estados Unidos, para Wilson la guerra que asolaba Europa suponía un desafío al equilibrio moral y al autodomínio de su país. Con la negativa de los norteamericanos a dejarse enredar en la guerra, su democracia confirmaría la nueva madurez del país y su inmunidad frente a la retórica inflamatoria de los tiempos de guerra, que tanto daño había hecho hacía cincuenta años. Pero esta insistencia en el autodomínio no debía confundirse con una prueba de modestia. Mientras que los intervencionistas como Roosevelt aspiraban simplemente a la igualdad —que Estados Unidos fuera considerada una gran potencia hecha y derecha—, el objetivo de Wilson era la pree-

minencia absoluta. La suya no era una visión que menospreciara el «poder duro». En 1898 Wilson se había estremecido de entusiasmo ante la guerra hispano-estadounidense. Su programa de expansión naval y su afirmación del dominio norteamericano sobre su periferia caribeña suponían una agresividad mayor que la de cualquiera de sus antecesores. Para asegurarse el control del canal de Panamá, en 1915 y 1916 Wilson no dudó en ordenar la ocupación de la República Dominicana y Haití, así como la intervención en México.³⁴ Pero gracias a sus dotes naturales, recibidas por la gracia de Dios, Estados Unidos no tenía necesidad de más conquistas territoriales. Sus necesidades económicas habían sido formuladas a principios de siglo por la política de Puertas Abiertas. Estados Unidos no tenían necesidad de un dominio territorial, pero sus mercancías y su capital debían tener libertad para moverse por todo el mundo y saltarse las fronteras de cualquier imperio. Mientras tanto, en segundo plano, un escudo naval impenetrable proyectaría una ráfaga irresistible de influencia moral y política.

Para Wilson la guerra era un signo de «la providencia de Dios» que había ofrecido a Estados Unidos «una oportunidad como la que rara vez se ha concedido a un país, la oportunidad de aconsejar y alcanzar la paz en el mundo...» según sus propias condiciones. Un acuerdo de paz según las condiciones de Estados Unidos establecería de manera permanente la «grandeza» de este país como «el verdadero paladín de la paz y la concordia».³⁵ Por dos veces, en 1915 y en 1916, «Colonel» House fue enviado de gira por las capitales europeas para ofrecer su mediación, pero ninguno de los bandos se mostró interesado en ella. El 27 de mayo de 1916, apenas unas semanas antes de que los ingleses comenzaran su ofensiva del Somme financiada por Wall Street, Wilson evocó su visión de un nuevo orden mundial en un discurso pronunciado en una reunión de la Liga para la Consecución de la Paz (LEP por sus siglas en inglés) en el hotel New Willard de Washington.³⁶ Mostrándose de acuerdo con los internacionalistas republicanos que actuaban como anfitriones del evento, Wilson se declaró dispuesto a aceptar que Estados Unidos se adhiriera a cualquier «asociación factible de naciones» que suscribiera una paz futura. Como doble fundamento de ese nuevo orden, apela-

ba a la libertad de los mares y la limitación de los armamentos. Pero lo que diferenciaba a Wilson de la mayoría de sus rivales republicanos era que unía esa concepción del papel de Estados Unidos en el nuevo orden mundial con un rechazo explícito a tomar partido por cualquiera de los bandos en la guerra que estaba teniendo lugar en aquellos momentos. Dar ese paso habría supuesto perder las pretensiones norteamericanas de alcanzar una preeminencia absoluta. Según hizo saber Wilson, a Estados Unidos no le interesaba las «causas» de la guerra ni «sus objetivos».³⁷ En público se contentó simplemente con comentar que los orígenes de la guerra eran «más profundos» y más «oscuros» que todo eso.³⁸ En una conversación privada con su embajador en Gran Bretaña, Walter Hines-Page, Wilson se mostró más tajante. Los submarinos del káiser eran un escándalo. Pero el «navalismo» británico no era menos malo y planteaba un reto estratégico todavía mayor para Estados Unidos. Aquella guerra atroz no era, en opinión de Wilson, una cruzada liberal contra la agresión de Alemania, sino una «pelea para saldar las rivalidades económicas entre Alemania e Inglaterra». Según el diario de Page, en agosto de 1916 Wilson «dijo que Inglaterra tenía la tierra y que Alemania la quería».³⁹

Aunque 1916 no hubiera sido un año de elecciones y aunque J. P. Morgan no hubiera sido uno de los apoyos más destacados del Partido Republicano, las estrechas vinculaciones que unían a una buena parte de la economía norteamericana al bando de la Entente a instancias de los banqueros probritánicos habrían supuesto un enorme desafío para la administración Wilson. Cuando la campaña electoral entró en su fase final, las tensiones creadas en Estados Unidos por el *boom* de la guerra llegaron a un extremo muy peligroso. Desde agosto de 1914 el gigantesco impulso de las exportaciones facilitadas por los créditos había dado lugar a una subida del coste de la vida. El tan cacareado poder adquisitivo de los salarios norteamericanos estaba evaporándose.⁴⁰ Era el trabajador norteamericano el que estaba pagando los beneficios de los especuladores que sacaban provecho de la guerra. Durante el verano Wilson aprobó algunas propuestas del ala populista del Congreso que pretendían gravar con un impuesto las exportaciones con destino a Europa. Durante los últimos días de

agosto de 1916, en respuesta a la amenaza de huelga general de la red de ferrocarriles, intervino a favor de los sindicatos obligando al Congreso a conceder la jornada laboral de ocho horas.⁴¹ Como reacción, los grandes empresarios norteamericanos se unieron como nunca hasta entonces a favor de la campaña presidencial de los republicanos. Los demócratas, por su parte, pusieron en la picota al republicano Charles Hughes presentándolo como el «candidato de la guerra» al servicio de los especuladores de Wall Street. Al término de aquella campaña envenenada que dio lugar a uno de los índices de participación más elevados en la historia de las elecciones y la política norteamericanas, el carácter de la victoria de Wilson no contribuyó demasiado a calmar los ánimos enconados de los partidos. Aunque Wilson consiguió una sólida mayoría de votos populares, en el colegio electoral ganó solo gracias a California por un ajustadísimo margen de 3.755 votos. Se convirtió así en el primer presidente demócrata en ser reelegido para un segundo mandato desde los tiempos de Andrew Jackson en la década de 1830. Por lo que respecta a la Entente y los que la apoyaban en Norteamérica, el resultado fue muy aleccionador. Una gran parte de la opinión pública norteamericana había manifestado su deseo de permanecer fuera del conflicto.

III

Ante la reelección de Wilson, contar con la aquiescencia de Estados Unidos a las crecientes demandas económicas planteadas por el esfuerzo de guerra de la Entente resultaba a todas luces muy arriesgado. Pero el conflicto tenía una dinámica propia. Con la acometida alemana sobre Verdún a punto de alcanzar su terrorífico punto culminante, la decisión de la Entente de llevar a cabo la primera gran ofensiva británica en el Somme fue tomada el 24 de mayo de 1916, tres días antes de que Wilson expresara su visión de un nuevo orden mundial en el hotel New Willard.⁴² Aunque la ofensiva británica no consiguió ningún avance significativo, obligó a los alemanes a ponerse a la defensiva. Mientras tanto, en el Frente Oriental la gran ofensiva de la Entente estaba a punto de cosechar un éxito decisivo. En aquel esce-

nario, el poderío del ejército imperial ruso, respaldado por la capacidad financiera e industrial de la Entente, sería utilizado contra el tambaleante imperio de los Habsburgo. El 5 de junio de 1916, un enérgico oficial de caballería, el general Brusílov, lanzó a la flor y nata del ejército ruso contra las líneas austrohúngaras en Galicia. En el curso de unos pocos días de increíbles combates, los rusos acabaron con el poderío militar de los Habsburgo. De no ser por una inyección urgente de tropas y de dirección militar proveniente de Alemania, la mitad sur del Frente Oriental se habría venido abajo. El sobresalto para las Potencias Centrales fue tal, que amenazó con provocar una reacción en cadena.

El 27 de agosto Rumanía abandonó por fin su neutralidad y entró en la guerra poniéndose del lado de la Entente. En vez de los vagones cargados de petróleo y de grano rumano de los que las Potencias Centrales habían llegado a depender, un nuevo ejército enemigo de ochocientos mil hombres entró en Transilvania desde el este. Por improbable que pudiera parecer, en agosto de 1916 no era el presidente Wilson, sino el primer ministro Brătianu en Bucarest el que daba la sensación de tener en sus manos el destino del mundo. Como diría mirando en retrospectiva las cosas el mariscal Hindenburg: «Verdaderamente nunca hasta entonces un estado tan pequeño como Rumanía desempeñó un papel de tanta importancia histórica mundial en un momento tan oportuno. Nunca hasta entonces unas grandes potencias tan poderosas como Alemania y Austria se habían visto expuestas de tal modo ante un estado que quizá solo tuviera una vigésima parte de su población». ⁴³ En el cuartel general del káiser, la noticia de la entrada de Rumanía en la guerra «cayó como una bomba. Guillermo II perdió completamente la cabeza, declaró la guerra perdida y pensó que debíamos pedir la paz». ⁴⁴ El embajador de los Habsburgo en Bucarest, el conde Ottokar Czernin, predijo «con una seguridad matemática la derrota total de las Potencias Centrales y sus aliados si la guerra continuaba». ⁴⁵

A la hora de la verdad, Rumanía desaprovecharía todas sus ventajas. Un contraataque comandado por los alemanes convirtió la derrota en victoria. En diciembre de 1916, mientras las tropas alemanas y búlgaras confluían en Bucarest, el gobierno rumano y lo que queda-

ba de su ejército se vieron obligados a refugiarse en la Moldavia rusa. Pero es esta dramática sucesión de acontecimientos lo que constituye esencialmente el trasfondo de la confrontación entre la Entente, Alemania y Woodrow Wilson durante el invierno de 1916-1917. La senda hacia la escalada del conflicto tomada por Berlín quedó marcada a finales de agosto de 1916 cuando el káiser sustituyó a Erich von Falkenhayn, el desacreditado cerebro que había ideado la ofensiva de Verdún, por el mariscal Hindenburg y su jefe de estado mayor, Erich Ludendorff, como Tercer Mando Supremo del Ejército (la 3. OHL). Tras verse confinados durante los dos años anteriores exclusivamente a la guerra contra Rusia, para Ludendorff e Hindenburg la inspección de cerca del Frente Occidental supuso un auténtico *shock*. El esfuerzo de los alemanes en Verdún había sido enorme. Pero la extraordinaria intensidad de la ofensiva británica en el Somme marcó un nuevo hito. En respuesta, el primer paso de Hindenburg y Ludendorff fue adoptar una postura defensiva. Si tenía la más mínima esperanza de hacer frente al esfuerzo de guerra globalizado de la Entente, Alemania tendría que llevar a cabo una nueva movilización ella sola. El que pasó a denominarse «Programa Hindenburg» tenía por objeto doblar la producción de munición en un año. El objetivo se cumplió, aunque con unos costes enormes en el frente interno. Mientras tanto, fue esa misma postura defensiva la que llevó a la 3. OHL a apoyar la petición de la marina en favor del nuevo lanzamiento de los submarinos. Si Alemania quería sobrevivir, era preciso cortar las líneas de abastecimiento a través del Atlántico. Hindenburg y Ludendorff no lanzarían un ataque de inmediato. Darían a Bethmann-Hollweg la oportunidad de alcanzar una mediación de paz. Había que tranquilizar a los socialistas alemanes y convencerlos de que estaban apoyando una guerra puramente defensiva.⁴⁶ Los riesgos de la escalada de la guerra submarina eran evidentes. Los alemanes se atraerían la enemistad de los norteamericanos. Pero seguir aguantando era sencillamente hacer el juego a los ingleses. En términos económicos, Estados Unidos estaba en cualquier caso plenamente comprometido con la Entente.

No es de extrañar que la Entente, que se enfrentaba a la abrumadora tarea de obtener nuevos préstamos por valor de otros mil millo-

nes de dólares en Estados Unidos en un futuro próximo, se mostrara bastante menos optimista respecto a lo inevitable del apoyo de los norteamericanos. No obstante, para Inglaterra y para Francia, más incluso que para los alemanes, la perspectiva de una paz negociada resultaba muy poco atractiva. Después de dos años de guerra, los ejércitos de Alemania ocupaban Polonia, Bélgica, buena parte del norte de Francia y últimamente también Rumanía. Serbia había sido borrada del mapa. En el otoño de 1916 se discutían en Londres las prioridades estratégicas para el tercer año de la guerra, que acabarían con el gobierno de Asquith.⁴⁷ Irónicamente, los que estaban más abiertos a la idea de Wilson de alcanzar una paz negociada eran los que se mostraban más recelosos del ascenso a largo plazo del poderío norteamericano. Tal era especialmente el caso de los liberales de la vieja escuela, como el ministro de Hacienda Reginald McKenna. Según advirtió al gabinete, si seguían el rumbo que estaban llevando, «me atrevo a decir con seguridad que el próximo mes de junio [de 1917] o antes, el presidente de la República de Norteamérica estará en condiciones, si así lo desea, de dictarnos sus propias condiciones».⁴⁸ El deseo de McKenna de no seguir cayendo en la dependencia de Estados Unidos era análogo al desagrado de Wilson por la política europea. Vistas las cosas desde la perspectiva de uno y otro bando, la mejor manera de minimizar futuras complicaciones era detener la guerra lo antes posible. Pero en diciembre de 1916, McKenna y Asquith perdieron sus cargos. Y entró Lloyd George al frente de una coalición decidida a infligir a Alemania una derrota decisiva. Irónicamente, aunque la postura de la coalición estaba fundamentalmente en contradicción con el deseo de Wilson de poner fin a la guerra, era sumamente atlantista en sus planteamientos básicos.⁴⁹ Como comunicó Lloyd George a Robert Lansing, secretario de Estado de Wilson, el primer ministro ansiaba con verdadero entusiasmo un orden internacional permanente basado en «la simpatía activa de las dos grandes naciones de lengua inglesa».⁵⁰ Como dijo a «Colonel» House a primeros de 1916, «si Estados Unidos apoyara a Gran Bretaña el mundo entero sería incapaz de librarse del dominio conjunto que ejerceríamos sobre los mares».⁵¹ Además, la «fuerza económica de Estados Unidos» era «tan grande que ninguna nación en guerra po-

dría resistirse a su poder»...⁵² Pero, como el propio Lloyd George venía sosteniendo ya desde el verano de 1916, los préstamos norteamericanos determinaban no solo la subordinación de Gran Bretaña a Wall Street, sino una situación de dependencia mutua. Cuantos más préstamos tomara y cuantas más compras hiciera Inglaterra en Norteamérica, más trabajo le costaría a Wilson separar a su país del destino de la Entente.⁵³